


Sintonia 

Y pasaron las vacaciones tan felices como vinieron. Entre la algabarría de nuestra Fiesta que, especialmente al primer día, fué la invasión un constante petardeo de multitud, entre el sonante flamear de risas y colores.

Pero las vacaciones, terminaron por lo mismo que en este mundo, bien o mal, terminan todas las cosas empezadas. Y ni decir cabría que, por tratarse de horas buenas, esas nuestras vacaciones sabieron a muy poco. Un descanso de ocho días suprimió nuestra edición de la pasada semana, la misma que casualmente debía aparecer el día quinto de Agosto, el día que los guixolenses dedican al descanso tras el cansancio que supone el haber festejado sus cuatro anteriores.

Henos, pues, ahí de nuevo metidos entre cuartillas y en espera de cuantos acontecimientos se dignarán brindarnos ocasión de facilitarnos el semanal redactado. Porque si ya el trabajo resulta mucho al dictado de la actualidad, fácilmente el mismo se convierte en cosa insoportable cuando el escritor tiene que pescar a río quieto alguna serpiente de mar de las que pululan en verano por casi todas las redacciones de este redondo planeta.

Con el permiso de nuestros lectores va a empezar de nuevo la función. Un nuevo acto que esperamos añadir a los ocho que llevamos ya representados. Dios quiera que las noticias sean buenas de verdad, para que actores, público y redactores podamos sentirnos satisfechos y complacidos.

SAN FELIU
DE GUIXOLS
12 AGOST. 1954

Año VII

N.º 345

AVANCE



LA CALLE

«Bueno, amigos. Ya estamos en la calle. Por consiguiente, ya podemos hacer lo que nos venga en gana». Así razonan aún, si a esto se le puede llamar razonar, y, lo que es peor, actúan, algunos, demasiados. Exacto... Sólo que al revés: ¿en la calle nos hallamos? luego, siendo como la calle es—y al decir calle, lo mismo queremos aludir a plaza, paseo, playa, paraje, etc.—primordialmente un lugar de uso público, si hemos de merecer el calificativo de civilizados, de correctos, obligados estamos, por respeto a los demás tanto como a nosotros mismos, a comportarnos con mesura, con *urbanidad*, sí, esa cosa que antaño solía figurar inclusive en el cuadro de asignaturas de las escuelas primarias y que hoy, por lo visto, ha quedado postergada, relegada totalmente al olvido como uno de tantos trastos viejos, seguramente que por innecesaria y engorrosa, que para algo estamos viviendo la época feliz del «¡Ya está bien!».

Es curioso el fenómeno: todos, hasta los menos cultos—y éstos quizá aún con mayor dosis de preocupación por los detalles, casi siempre de mimética raíz—procuramos cuidar de nuestra presentación externa, de nuestro personal atuendo, cuando nos disponemos a salir de casa para lanzarnos a la calle, a ocupar en ella nuestro hueco, a *convivir*—y nótese que el verbo tiene su miga—a alternar con nuestros semejantes. En cambio, ya es, generalmente, con mucha menos atención que solemos controlar nuestro proceder en la calle, así como si ésta fuera nuestro feudo particular en el que nadie nos puede discutir lo más mínimo.

No es, de ningún modo, cosa baladí sino que, por el contrario, constituye un hecho de enorme trascendencia social, el tono de nuestro personal comportamiento en la calle o en cualquier otro lugar al que se le pueda aplicar el calificativo de público. De poco o de nada, nos servirá, por ejemplo, la flamante corbata, por mucho «Palm-Beach» que sea, o—que también ahí duele a veces—la radiante faldita «Bahía», si luego, ante los demás, o en dónde los demás han de pasar o permanecer, no producimos con modales o acciones de trivial cuño.

En la calle, pues, con mayor motivo que en otro sitio, nos esta vedado dar rienda suelta a nuestros primarios instintos. Pie en el freno y quieto el acelerador; esta es la buena consigna, además de la obligación de toda per-

sona que quiera pasar por correcta y educada. La calle, el paseo, el lugar de pública reunión vienen a representar algo así como la sala de estar, el «living», como ahora, un tanto servilmente es moda decir de una población. Y sabido es que una sala de visitas, un recibidor, por reducidos y modestos que puedan ser, no son precisamente los lugares más apropiados para en ellos exhibir, no digamos ya el recipiente de la basura, cosa esta que rebasaría los límites de lo ofensivo sino ni tan siquiera el simple desaliño de lo que si bien hay quien, por legal mandato tiene la obligación de cuidar y proteger, no es menos cierto que a todos nosotros, los usuarios nos incumbe también el elemental deber de coadyuvar, cada uno en su propia esfera y medida, a que la buena presentación y adecuado y grato ambiente, dejen de ser una cosa casual y efímera para convertirse en un hecho que no necesita de coercitivas medidas ni de constantes sermoneos para ser amplia y permanentemente constatado.

Poder decir, en justicia, de una ciudad, de una población cualquiera, que es limpia y ordenada, constituye ya de por sí una ejecutoria de distinción, un honroso timbre de civilidad. Y siendo una verdad propia de Peró Grullo sostener que el tono de una ciudad, bueno o malo, fino o áspero, son sus habitantes quienes se lo dan, incluidos, desde luego, los transeúntes que quizá por aquello de que se hallan en predio ajeno a veces suelen ser los más díscolos y dados al abuso, de ello claramente se infiere que nuestro primer elemental deber está en procurar no desmerecer del concepto de nuestros conciudadanos, no desentonar, y esto no ya por la comisión de ostensibles faltas de urbanidad, de civismo,—delitos a algunas de las que se cometen se las tendría que llamar—sino que ni tan siquiera por la omisión de ciertos detalles de buena crianza de los que, en la práctica, todos, en un momento u otro—confesémoslo—nos solemos olvidar.

Y la cosa agrávase extraordinariamente si nos referimos a ciertos ejemplares de una fauna a los que, empleando para nombrarlos una especie de eufemismo que no se merecen, hemos dado en llamar «gamberros» y «gamberrismo» a su lamentable actuación, así como si quisiéramos elevar la cosa a categoría de escuela filosófica, cuando con decir, simplemente, salvajismo, estábamos al cabo de

(Termina en la pág. 6)